

INFINITO

(Conmovido, velada la voz, haciendo pucheros.)
 ¡Ay, hija mía! Tú eres un *sephirot*, disfrazada
 de chica de pueblo. ¡Dios te bendiga!

OELIA

No se altere; no se incomode.

INFINITO

Me incomodo porque este buen señor disfrazado de paleta, duda de mi ciencia y me regatea el pan que gano con tanto trabajo y tantos estudios cabalísticos, matemáticos, astronómicos y cosmogónicos, pan muy amargo en verdad. ¡Ay de mí! (Llora.)

PASTOR

Sí que dudo de su ciencia; basta de farsa. Usted, traído por su fiero destino á esta condición miserable, se gana la vida engañando con sus cábalas á la pobre gente de estos barrios. (Oyendo esto, Infinito se levanta dominado por una grande emoción.) Si usted ha visto en nosotros personas que no son lo que parecen, yo veo en usted á un hombre en otros tiempos

ilustre y afamado: al insigne don Pedro del Salar, que desde las cumbres del saber se despeñó en los abismos de la locura; fué recluso en un manicomio, y después, de tumbo en tumbo, de caída en caída, ha venido á parar á esta condición miserable.

INFINITO

(Dirigese lentamente hacia Pastor en actitud luctuosa y dolorida.) ¡Ay! ¿Qué voz es esa que canta la elegía de mis infortunios? (Se abraza á Pastor y oculta su rostro contra el pecho de éste, llorando.)

PASTOR

Venga usted aquí, amigo mío; respire ya; recobre su verdadero estado.

INFINITO

(Mirando atentamente al rostro de Pastor.) Le conozco, le reconozco á usted á pesar de los tristes años transcurridos. Usted es de la familia de Pastor.

PASTOR

Sí, José Pastor; y usted don Pedro del Salar, el gran matemático y físico.

INFINITO

Sí, sí. Soy quien soy.

CELIA

(Que durante el anterior pasaje ha sacado del pecho sigilosamente un billete de Banco.) Venga acá, Infinitísimo. (Le coge del brazo y le lleva hacia la derecha.) Y pues usted ha de traernos á Germán, aquí tiene el anticipo. (Le da el billete.)

INFINITO

A eso iba. Haré por traéroslo. (Examinando el billete, acercándolo mucho á sus ojos cansados.) Esto es un abonaré de los que pone en circulación el llamado Banco de España. (Lo mira detenidamente por un lado y otro.) Es bueno, es bueno; y aquí dice en caracteres arábigos, ciento. Cien pesetas. ¡Ay, hija mía, qué buena eres! ¿Me permites que te dé un beso?

CELIA

(Graciosa.) ¡Ay! Eso no, don Pedro; no sea usted disoluto.

INFINITO

(Con júbilo, llamando á su criada.) ¡Regina! ¡Regina! (Aparece Regina por la derecha.)

ESCENA VII

CELIA, PASTOR, INFINITO, REGINA

REGINA

¿Qué quiere, señor?

INFINITO

(Con palabra balbuciente y movimiento coreográfico que indican su desequilibrio cerebral.) Regina, mi administradora, mi despensera, mi cocinera salada; toma este billete.

REGINA

(Mirándolo.) ¿Será bueno? No se fíe de esos.

CELIA

(A la izquierda, hablando con Pastor.) ¡Pobrecillo! el billete le ha trastornado.

INFINITO

(A Regina.) No son lo que parecen; son personajes opulentos disfrazados de paletos. Bolsa gorda. Coge el billete, vete á la tienda del tuerto, y allí lo cambias; ten cuidado no te

den duros falsos. Luego vas á la plaza: trae una pierna de carnero, jamón, cuarto de kilo; escabeche de besugo, chicharrones y queso de Roquefort. Vas á la confitería y te traes media docena de pasteles; y no me sises, no me sises. Tráeme la vuelta completa.

REGINA

¡Qué le he de sisar!

INFINITO

Vete pronto.

REGINA

¿Y me deja comprar lo que me hace falta?

INFINITO

¿Qué?

REGINA

Mire cómo tengo las chinelas; ¿compro otras?

CELIA

Sí, cómprelas, para que se ponga decentita.

REGINA

Me voy.

INFINITO

Aguarda un poco; trae también media botella de Rioja.

CELIA

Media, no; botella grande.

INFINITO

Muy grande.

REGINA

Bien, señora. (Vase.)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR, INFINITO; al fin de la escena, LEONARDA y VIRGINIA

CELIA

(Impaciente.) Bueno, don Pedro; si ha de traernos á Germán, váyase pronto.

INFINITO

No hay prisa todavía; tengo que dar algunos pasos, y espero el oportuno momento. Yo sé cuándo tengo que irme.

PASTOR

Ya que ha visto usted que puede hacer milagros sin tantos embelecos, lo mejor será que pegue fuego á todo ese papelerio lleno de formularios mentirosos.

INFINITO

¡Ay, amigo mío! Quemarlos, no. Con esos papeluchos, con esas armas, me he defendido del hambre en mi triste vejez. El libro que el ángel Raziél entregó á nuestro padre Adán, me ha dado lo suficiente para unas sopas y un cocidito... Fijense ustedes en la mísera condición del vecindario de esta casa y de las adyacentes. Aquí no hay más que gente pobrísima, vendedores ambulantes, menestrales de la clase más humilde, obreros cargados de hijos, que apenas ganan para ir tirando malamente. Las mujeres anémicas, los hijos encanijados, trabajadores en ruda pelea con sus patronos, que unas veces les despiden sin motivo, otras les rebajan la soldada; industriales en pequeña escala que son víctima de la brutalidad de los asentadores, niños que desde que nacen vienen al mundo empadronados para el cementerio... ¡Oh mun-

do miserable! ¡Oh sociedad sin brújula ni gobierno! A esta plebe desvalida no llega la acción de los ricos, que viven allá arriba descuidados de todo lo que no sea su propio interés. Apenas llegan acá migajas de las caridades aparatosas que derraman sin ton ni son las clases pudientes.

CELIA

Muy bien, don Pedro. Y usted vive entre estas pobres gentes, y las ama y las consuela.

INFINITO

Sí, sí. Todos mis cariños son para este ouen populacho que, desamparado de los gobiernos, esquilmado por el fisco, hostigado sin cesar por los polizontes, vuelve sus ojos á lo desconocido, al más allá, á lo infinito... Ya saben ustedes, y si no lo saben apréndanlo ahora, que lo finito tiende á volar hacia lo infinito cuando se ve en desgracia. Ejemplo yo; ejemplo todos mis clientes y parroquianos. Los hombres se resignan; las mujeres chillan, alborotan, y llorando vienen á mí pidiéndome la cura del chiquillo enfermo, la comunicación con un sér ausente, el arbitrio para encontrar dinero, el premio de la lote-

ría, y mil y mil consuelos fantásticos y sobrenaturales. Veán ustedes el secreto de mi agencia cabalística. En esta mesa, con el auxilio de estos librachos infundiosos y pestilentes, soy el hechicero de los infelices que han perdido la esperanza del bienestar, la fe religiosa y la fe social. A mi modo yo consuelo á los afligidos, yo pongo unas gotitas de agua en la boca del sediento. Claro es que les engaño con risueñas ilusiones... ¡ji... ji... Yo consuelo á toda esta gente... ¡ji... y al mismo tiempo cómo... ¡ji... ji... que también yo soy hijo de Dios... y no dirán que abuso. A las muy pobres, por ponerles al habla con un sér difunto, no les cobro más que una perra gorda.

CELLA

(Impaciente.) ¿Y no será ya hora de que vaya usted á traernos á Germán?

INFINITO

Sí, ya voy. (Coge su sombrero para salir; detiéndose.) ¡Ah! Si antes que yo llega Regina mi asistente, háganme el favor de decirle que ponga inmediatamente al fuego, en cazuela, la pierna de carnero; hoy es día grande, me permito un extraordinario.

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

CELIA EN LOS INFIERNOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Representóse en el Teatro Español la noche
del 9 de Diciembre de 1913.

4.000



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11

1913